

CAPITULO VIII

LUCHA DEL CRISTIANISMO CONTRA EL ISLAMISMO.—LAS CRUZADAS

I

ORIGEN DE LAS CRUZADAS

A fines del siglo XI, es decir, en la época de comenzar las cruzadas, hallábase en decadencia el poder político de los Arabes de Oriente; bien que aun no hubiese palidecido el prestigio que su nombre tenía en el mundo. Poseían todavía el Africa y España; y no hacía mucho que, reyes del Mediterráneo, señores de una parte de Francia, y soberanos de Sicilia, llegaban hasta Roma para obligar al mismo Papa á pagarles un tributo. Nunca en los mejores tiempos del poder romano, el nombre de un César había inspirado tanto terror en los Bárbaros como el que producía en Europa el temido nombre de Mahoma; y atacar en su propio centro á esta potencia, ante la cual hacía cinco siglos que temblaba el mundo, era arriesgadísimo, siendo necesario que Europa estuviese penetrada de todo el ardor de los siglos de fe, que contase con la seguridad de la protección del cielo, y que reuniese un ejército de un millón de hombres, para atreverse á acometer la empresa.

Sabido es de qué modo toda la cristiandad se levantó á la voz de un iluminado; y cómo poblaciones enteras se precipitaron sobre Oriente; sabido es también que ese desplegamiento formidable de fuerzas no dió más resultado que un éxito efímero; pues á pesar de las oleadas de guerreros enviadas durante dos siglos por el universo cristiano, con objeto de conquistar y conservar á Jerusalén, la Europa coligada tuvo que retirarse ante la media luna.

A estas luchas del cristianismo con el islamismo se ha dado el nombre de cruzadas. El resultado que tuvieron en la historia gene-

ral de la civilización de Europa fué importantísimo; de modo que nos sería imposible pasarlas en silencio en una obra destinada á describir, no sólo la historia de la civilización de los Arabes, sino también la influencia que ésta tuvo en el mundo.

Ante todo diremos cuatro palabras acerca del estado del Oriente y del Occidente en la época de las cruzadas.

El fin del siglo XI, época de la primera de estas expediciones, es para Europa, y para Francia especialmente, uno de los más sombríos períodos de la historia de cada una. Hallábase Francia en pleno feudalismo, cubierta de castillos fortificados, cuyos poseedores eran gente semi-bárbara, que siempre estaban en guerra, y que reinaban sobre siervos ignorantes; y sólo una potencia, la autoridad espiritual del Papa, tenía algún prestigio, bien que era un prestigio más temido que respetado.

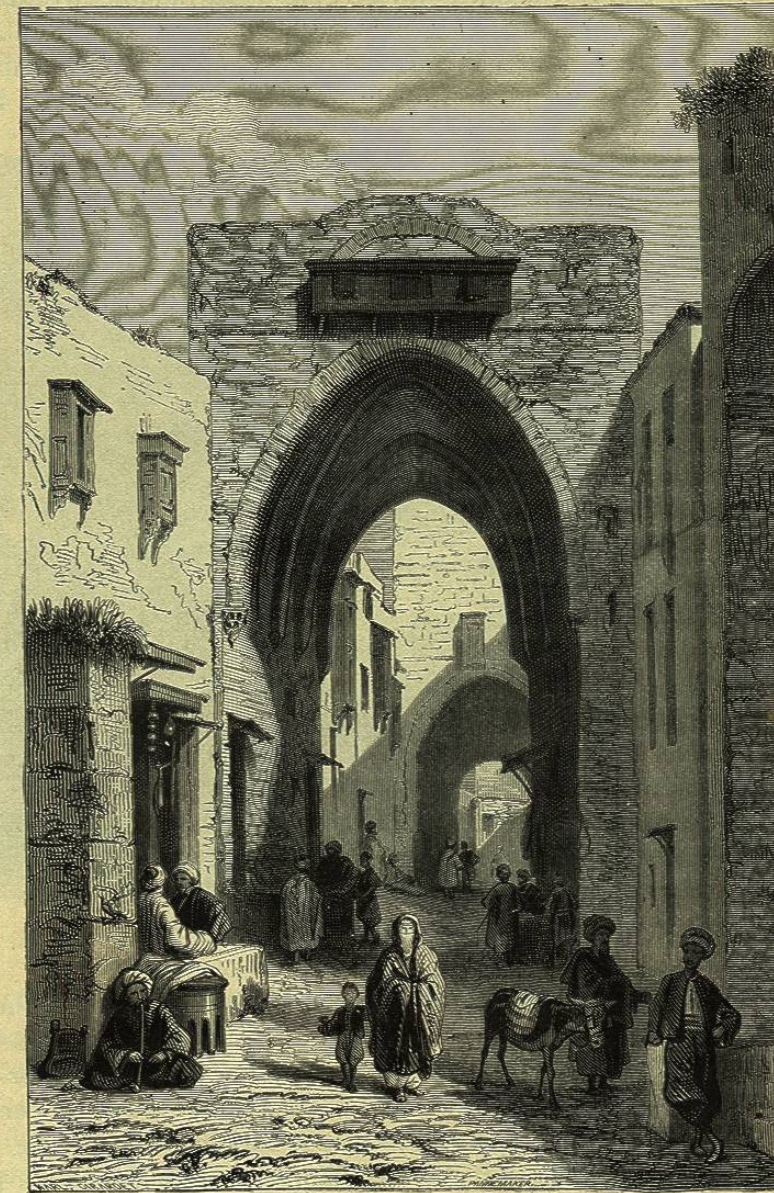
En Oriente, el imperio griego continuaba subsistiendo; y Constantinopla, aunque sumida en gran decadencia, era aún el centro de aquel gran imperio. Pero como no se ocupaba más que de cuestionitas religiosas y de juegos públicos, cada día perdía algún pedazo de territorio. Habíase extinguido su poder en Italia, y el obispo de Roma y el patriarca de Bizancio habían acabado por excomulgarse mutuamente, y por fundar cada cual una nueva Iglesia.

La Siria pertenecía en parte á los Turcos Seldjucidas, y en parte á los sultanes de Egipto. El califato de Bagdad había quedado reducido á una sombra, y aunque la civilización de los Arabes conservase toda su omnipotencia, su imperio político estaba disolviéndose. La lucha gigantesca que se preparaba había de entablarse entre el mundo que todavía se hallaba en estado de barbarie y una de las civilizaciones

más elevadas de que la historia ha conservado memoria.

Las únicas relaciones normales que en esta época había entre el centro de Europa y el Oriente se reducían á los viajes de los peregrinos á Palestina; pues desde Constantino, y

particularmente desde las relaciones amistosas de Harún-al-Raschid con Carlo-Magno, las peregrinaciones cristianas á Palestina habían siempre continuado creciendo; y partidas de peregrinos había que tenían toda la importancia de ejércitos. En 1045, el presbítero Richard



Vista de una calle de Jerusalén

llevaba consigo 700 compañeros, los cuales, á pesar de sus deseos, no pudieron llegar sino hasta Chipre; en 1604, Sigifredo, arzobispo de Maguncia, y otros cuatro obispos, hicieron aquella peregrinación con 7,000 personas, entre las cuales había barones y caballeros que se vieron obligados á dar una verdadera batalla á los Beduinos y á los Turcomanos.

A consecuencia de las dificultades y peligros de las peregrinaciones á Jerusalén, había llegado el clero á imponerlas como penitencia ex-

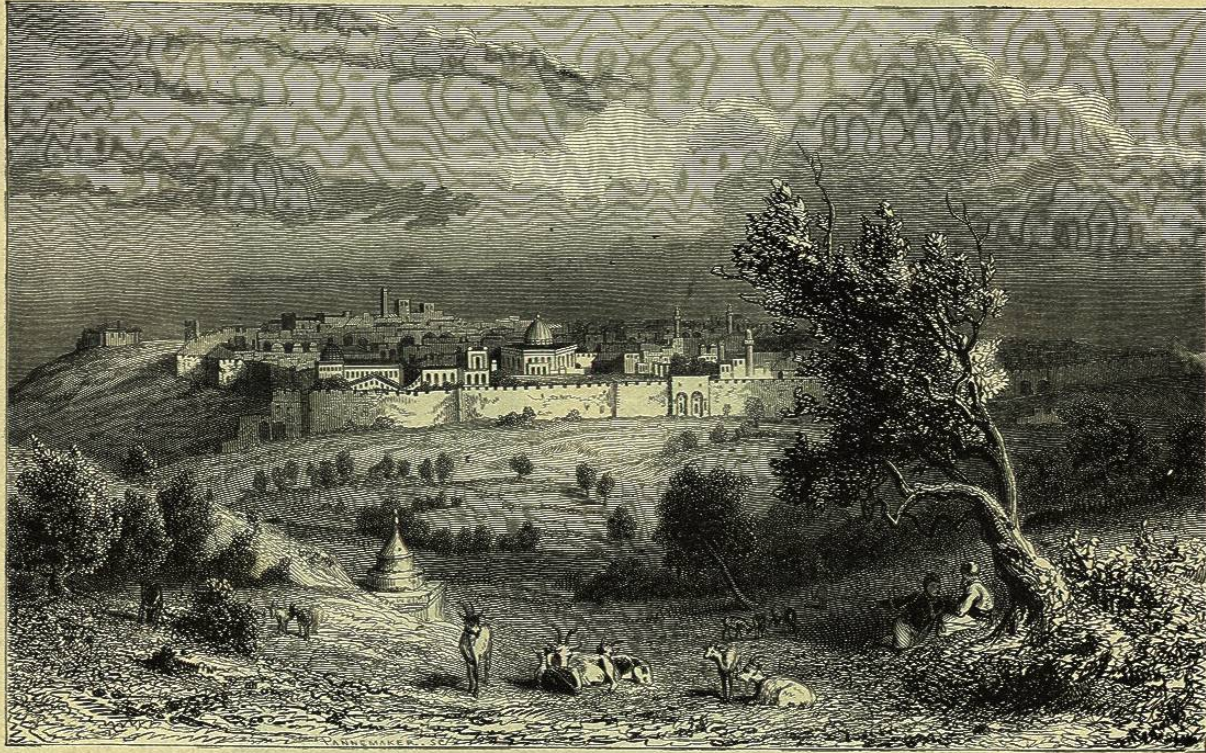
piatoria de los crímenes más infames. No faltaban en esta época grandes criminales; y como el temor del infierno y del diablo era bastante eficaz en aquellas almas bárbaras, había muchos peregrinos; los cuales, excepción hecha de algunos aventureros y devotos exaltados, constaban generalmente de canallas del peor género, y dotados de los más temibles instintos, á quienes tan sólo el miedo de arder en el infierno llevaba tan lejos.

Como el número de estos peregrinos iba cre-

CAPILLA ALEONSINA

ciendo rápidamente, y sus procedimientos tomaban un sesgo de carácter muy altanero, los Turcomanos, que eran mucho menos tolerantes que los Arabes á quienes habían reemplazado en Siria, les disputaron el derecho que se arrogaban de atravesar sin permiso un imperio mahometano, para ir á cumplir sus devociones en el mismo centro del islam; y en lugar de dejarlos continuar entrando en Jerusalén como verdaderos triunfadores, á son de atambor y á

la luz de las antorchas, como lo toleraran los Arabes, les obligaron á tomar una actitud más humilde, les abrumaron de contribuciones y aprovecharon todas las oportunidades para vejarnos de mil maneras. Hallábase entre estos peregrinos un soldado veterano que, después de unas desagradables aventuras conyugales, se había hecho fraile, y era un alucinado tan fanático como enérgico: su nombre era Pedro, y la historia le ha añadido el de Ermitaño.



Jerusalén (visto desde el monte de las Olivas)

Indignado del mal trato que había recibido en Palestina, y asediado por sus visiones, Pedro creyó haber recibido la misión de levantar á Europa en auxilio de la Tierra Santa; y entusiasmándose con esta idea, se fué á Roma para obtener el apoyo del Papa. Autorizóle Urbano II para llamar á los cristianos á redimir los santos lugares; y Pedro el Ermitaño comenzó entonces á recorrer Italia y Francia, prodigando sus arengas violentas, entrecortadas de lágrimas, de gritos y de aullidos, y llenas de maldiciones contra los infieles, y de promesas del cielo para los que fuesen á rescatar el sepulcro del Señor. Aquella elocuencia frenética y pintoresca producía siempre gran impresión en las masas; y Pedro fué en breve considerado en todas partes como un profeta.

Sin embargo, las masas que el Ermitaño agitaba nada podían por sí solas. Pero ciertas

circunstancias particulares fueron causa de que los señores feudales, dueños de ellas, apoyasen el movimiento. El emperador de Constantinopla Alejo Comneno, cuyo imperio iba haciéndose pedazos rápidamente, y que veía á los Turcos asediando á aquella ciudad, perseguía con sus lamentos al Papa y á todos los soberanos de Europa; y unidos esos lamentos á las predicaciones de Pedro, llegaron á enternecer al orbe cristiano. A fin de impulsar el movimiento que comenzaba, el Soberano Pontífice convocó en Italia un primer concilio, que no dió ningún resultado; y después un segundo en Clermont de Auvernia, en el año 1095. Asistía Pedro el Ermitaño á este último, y bajo la influencia de sus predicaciones vehementes y de los gritos de una multitud delirante que aullaba *Dios lo quiere*, todos los concurrentes se pusieron cruces de paño en el hombro, y juraron ir á Palestina á

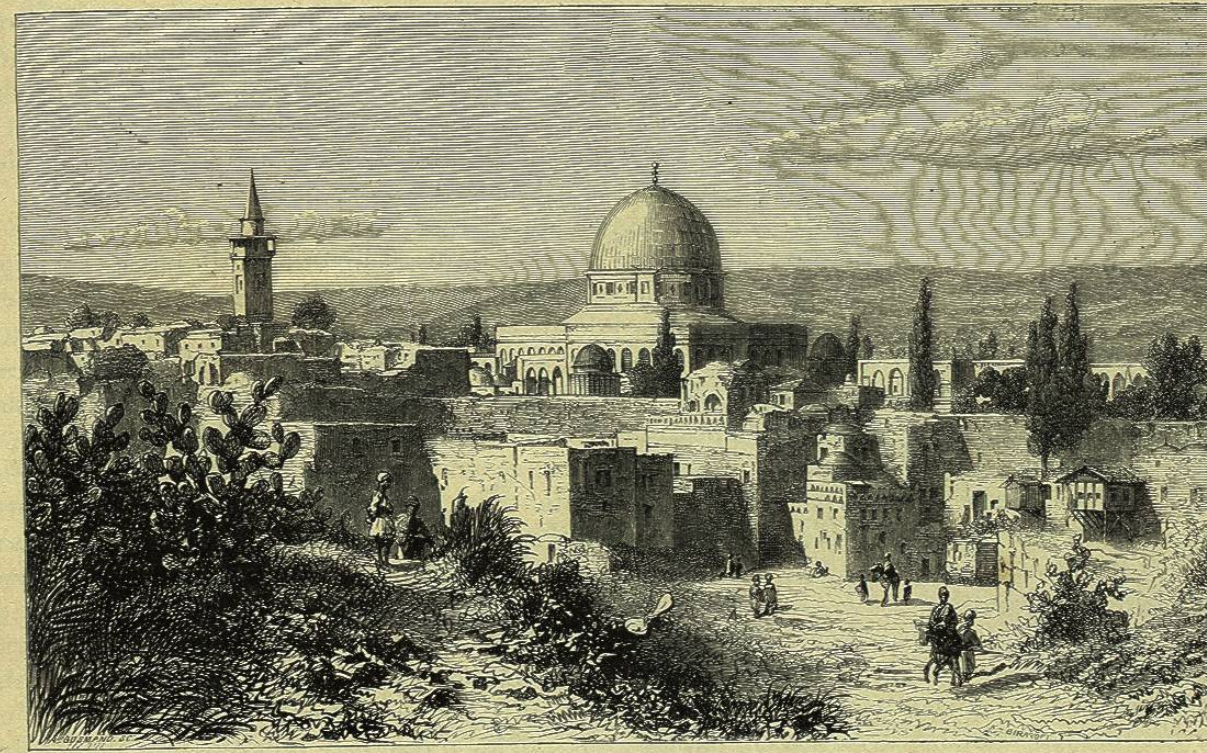
rescatar la tumba de su Dios. Fijóse la partida de la expedición para la Asunción del año siguiente, considerándose necesario este tiempo para reunir el numeroso ejército que semejante empresa requería.

II

RESUMEN DE LAS CRUZADAS

La idea de una expedición á Palestina había llegado á enardecer todos los espíritus; pues

sin contar la perspectiva de ganar con ella el cielo, cada cual veía allí un medio de mejorar su suerte; y tanto los siervos, encadenados al terruño, que soñaban en su independencia, como los hijos menores de noble, privados de fortuna por el derecho de primogenitura; tanto los señores poco provistos de patrimonio, como los frailes demasiado cansados de los rigores del claustro; en una palabra, todos los desheredados de la sociedad—que entonces eran muy nume-



Mezquita de Omar en Jerusalén

rosos,—formaban castillos en el aire, vaticinándose un deslumbrante porvenir.

El entusiasmo rayó luego en delirio; y señores, siervos, frailes, mujeres y chicos querían á porfía tomar parte en la expedición; cada cual vendía lo que tenía para proveerse del equipo necesario, y en breve un millón y trescientas mil personas estuvieron dispuestas á tomar el camino de Palestina.

Como el delirio crecía cada vez más, los que primero estuvieron listos no quisieron esperar la formación del ejército regular; y desde la primavera de 1096, inmensas partidas se pusieron en marcha desde todos los puntos á la vez, tomando la dirección del Danubio. El movimiento era general desde el mar del Norte hasta el Tíber, y en muchas villas todos los habitantes partían llevándose cuanto poseían. La Europa en peso se echaba sobre el Asia.

A medida que estas partidas se acercaban al punto tan ardientemente deseado, su locura se exaltaba más intensamente; y aquellas cabezas acaloradas, cuyo pobre discernimiento se había desvanecido para siempre, no veían más que milagros y apariciones.

La más importante de las partidas que rompieron la marcha hacia Oriente tenía por jefes al mismo Pedro el Ermitaño y á un pobre caballero llamado Gualtero sin Haber. Al principio fué bien recibida en los primeros países que atravesó; pero al llegar á Bulgaria, las poblaciones semi-cristianas de la comarca rehusaron albergar gratuitamente á tan numerosas masas. Irritados por estas negativas, los Cruzados no vacilaron en tomar por fuerza lo que no querían darles; y empezaron á saquear las poblaciones y degollar á los habitantes; pero como se las habían con gente de armas tomar, los

CAPILLA ALEONSIANA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA